



gena y a ésta alude fundamentalmente en sus relatos: “ésta no es, antropológicamente hablando —dice Silvia Rendón—, la historia de un pueblo, sino sólo la historia de una clase privilegiada... Clase educada, exquisita, y en el poder.” Parece que Chimalpahin, por otra parte, tenía inclinación natural para la historia. Lo que no ofrece duda es que estaba muy al tanto de las cosas y sucesos de su país y que en muchas ocasiones pudo hablar largamente con los ancianos de las familias conocedoras de las tradiciones. Se sabe, también, que de su pueblo nativo, lo mismo que por su suegro. Pero tan importante como las causas de su impulso es el hecho de que don Francisco Muñón tenía ya 41 años y era hombre de intelecto maduro cuando empezó a revisar, cotejar, seleccionar, interpretar y re-escribir, en lengua mexicana culta, las célebres Relaciones que le darían tanta fama en la posteridad.

Los documentos forman ocho unidades y se han conocido bajo variados nombres (“Relaciones de Chimalpahin” y “Crónicas de Chalco” han gozado de algún favor), aplicados algunos a determinados documentos, otros al conjunto. Ahora bien, no se conoce el paradero de aquellos códices y otros papeles que fueron básicos al señor Cuauhtlehuaciztli; tampoco se sabe, con certeza, dónde están los propios originales del compilador final. La antropóloga S. Rendón, en su sólida, extensa y documentada Introducción al libro, asienta que dichos manuscritos los tuvo algún tiempo don Carlos de Sigüenza y Góngora —amigo de don Francisco de San Antón—; también explica que don José Mariano Beristáin y Souza, en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, menciona varios de esos trabajos que poseyó Sigüenza quien, a lo último, los dejó al Colegio de San Pedro y San Pablo (de los jesuitas), posible remanso de donde los copió, a su vez, aquel erudito italiano a quien ingratamente mucho debemos: don Lorenzo Boturini. Entre esos documentos chimalpahinianos aparece uno con el título de “Relaciones Originales de los Reynos de Acolhuacan, Megico y Otras Provinzias desde muy remotos tiempos” (éste contiene la historia chalco-amaquemense) que, en opinión de S. Rendón, “hubiera sido deseable conservarlo para la presente edición, puesto que es el título tradicional...; pero he considerado —continúa— que... una exposición detallada resultante de la exégesis

del manuscrito es preferible”. Y en seguida se extiende esta investigadora, con sorprendente soltura y dominio temático, en esa exégesis, imprescindible para situar debidamente las Relaciones en el contexto histórico mesoamericano, y en la que hace explicaciones maestras, como la que se refiere a la diferencia, muy importante por cierto, entre los “Reynos de Culhuacan” y los “de Aculhuacan”.

Como quiera que aquellas copias hechas por Boturini las tiene en custodia la Biblioteca Nacional de París (menos las de la 6a. y 7a.), cuando don Francisco del Paso y Troncoso realizó su notable *misión* en los archivos europeos, que todos los eruditos en historia mexicana conocen, obtuvo reproducciones fotográficas que hoy guarda el Museo de las Calles de Reforma y La Milla.

Es dramáticamente curioso que este trabajo, siendo otro de los monumentos literarios de la Antigüedad de América, sea apenas conocido por unos cuantos especialistas nuestros. Podría imputarse tal desconocimiento al hecho de que en gran parte ha permanecido, hasta ahora, sin traducirse del náhuatl al español. Aquí hay que mencionar, por supuesto, que en 1889 fueron vertidas al francés la 6a. y 7a. Relaciones; en 1927 al alemán parte de la 7a. sola; en 1949 al español la 4a. (por S. Rendón), y en 1950 al alemán la 5a. Un año antes, además, habían sido reproducidas facsimilarmente las mencionadas copias de Boturini y publicados de nuevo los documentos 6o. y 7o. Estas versiones parciales, como se ve, son de distintas fechas, en diferentes idiomas y, desde luego, bajo variados títulos.

Es igualmente curioso, por no decir lamentable, que ahora cuando por primera vez el especialista de lengua castellana tiene casi todas estas fuentes en un solo tomo y complementadas con datos afines, las tantas veces mencionadas Relaciones estén, también en esta oportunidad, incompletas, pues por motivos que aquí no enumeramos, pero que la traductora indica al principio de la obra, faltan las unidades 1a. y 8a. Un inconveniente de esta naturaleza hace que dicha obra esté aún lejos de ser perfecta. La perfección, decían los sacerdotes mayas, es obra de los dioses; y, por otra parte, cada Relación trata casi el mismo tema: más bien varían las formas y las fuentes. Habrá que aspirar, no obstante, a aquella cuasi perfección, que podrá lograrse cuando se prolonguen las investigacio-

nes, se agreguen los dos documentos que faltan, se expurguen ésta y otras traducciones y, sobre todo, cuando se descubran los papeles verdaderamente originales. Pero entre tanto llega ese momento que por la obligada lentitud con que se culminan esta clase de estudios no parece que esté a la puerta, el libro que ahora ha publicado el Fondo de Cultura Económica en la Serie de Literatura Indígena de su Biblioteca Americana es lo mejor que podría esperarse dadas todas las circunstancias. No es el resultado, digámoslo bien, ni de un proyecto momentáneo ni de una labor a las volandas: la autora de la paleografía y de los apéndices trabajó en esto varios años (con intermitencias), principalmente en las unidades 2a., 3a., 4a. y 5a. Usó para ello las copias de Del Paso y Troncoso, pues el camino en este campo para las 6a. y 7a. estaba ya bastante andado por don Remi Simeón. También trabajó la autora de la Introducción con materiales de la Biblioteca de París que no eran precisamente los de Boturini.

Por lo que a la traducción misma respecta no sería para asombrarse que hubiera abundante crítica por parte de los pocos nahuatlatoles que en el mundo son. Ya advierte el Dr. Ángel Ma. Garibay K., autor del Prefacio: “Cabrán reticencias en algunos puntos, pero en general es

de utilidad y casi indispensable, ya que no hay otras maneras de conocer a Chimalpahin en español, fiel y exactamente traducido.” Y la misma Sra. Rendón oportunamente aclara: “ésta no es una traducción gramatical, sino que he tratado preferentemente de encontrar una versión a la idea del autor... más bien que ofrecer una traducción mecánica de las formas sintácticas que presenta el texto”. Y esto, es decir la idea, es lo que más importa, salvo para el antropólogo lingüista.

Errores de escritura en los textos, además, así como faltas de copia en los mismos y subjetivismo en la interpretación general pueden atribuirse, de todos modos, a muchas otras mentes y manos; pues tan rico venero como éste, del que seguramente se beneficiarán mil estudiosos, es producto también de mil honestas intervenciones a través de muchos siglos: desde los ancianos que desde antes de la invasión europea venían repitiendo las tradiciones y los que ya en el siglo XVI se empeñaron con afán en reunir datos históricos de la Antigüedad hasta los correctores de pruebas y otros anónimos colaboradores que se aunaron para hacer el presente de estas *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*.

LAURO JOSÉ ZAVALA

TESTIMONIO HISTÓRICO

Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, Editorial Porrúa, S. A., 1966 (“Sepan Cuentos” número 39), CLXXX+696 pp. +mapas e ilustraciones.

Es obvio que el *Ensayo* de Humboldt no necesita presentación, ya que, siendo tan frecuentemente citado y tan alabado, aun cuando poco leído, se tiene una idea general acerca de él. Sin embargo, vale señalar la presente edición que significa un verdadero acontecimiento editorial y académico, primero, por ser la primera que pone el *Ensayo* al alcance del gran público, y segundo, por ser la primera edición crítica en español que reúne condiciones que incluso pueden convertirla en modelo.

El doctor Ortega y Medina ha realizado, efectivamente, un trabajo muy acabado: estudio preliminar (53 pp.), que nos introduce adecuadamente al autor, su obra y su tiempo; una cronología humboldtiana; las fuentes hispánicas citadas por Humboldt; un cuadro de equivalencias (monedas, pesas y medidas); una Bibliografía de libros sobre Humboldt y ediciones de las obras de Humboldt; un cuadro de gobernantes de la Nueva España, así como innumerables y eruditas notas que complementan el texto y un índice analítico y onomástico. De estos empeños eruditos, aplaudimos especialmente, además del índice, el que constituye el Anexo I, “Cronología humboldtiana”. Se

trata de una doble tabla de datos que coloca los de la vida de Humboldt frente a datos de historia general tomados de las *Tablas* de De Babini. Como resultado, podemos seguir la trayectoria del autor desde el año de su nacimiento (por referencia de las *Tablas* nos enteramos que es el mismo en que nacen Napoleón y Wellington), teniendo presentes hechos que, por sernos más familiares, nos permiten seguirlo en el tiempo, en relación a éstos. Dado que los datos de las *Tablas* no se reducen sólo a referencias político-militares, sino que mencionan la publicación de libros, algunas invenciones, la inauguración de instituciones importantes, etcétera, extendiéndose los datos a los sucesos mexicanos, nos obligan a reunir en una visión orgánica, datos que comúnmente recordamos dispersos, de manera más cercana a como sucedieron; al mismo tiempo.

El estudio preliminar es en sí mismo una valiosa contribución. Ortega y Medina hace esfuerzos por comunicar una visión humana de Humboldt que, bajado del pedestal al que le ha subido la tradición mexicana, pueda ser visto con sus grandezas, pero también con sus miserias. Acostumbrados a las apo-



logías, nos sorprende un poco el tono y a ratos hasta llega a parecernos que se le pasa un poco la mano, sobre todo si recordamos que la obra de Humboldt no es sólo el *Ensayo*; pero indudablemente, era necesario hacer una revisión, y el estudio la logra. El Humboldt que nos presenta Ortega es el gran ilustrado, de inquietudes universales, conocimientos increíbles e insaciable curiosidad, pero, su asombrosa capacidad de trabajo trae aparejada muchas veces una enorme superficialidad. Su mismo liberalismo ardiente, tan admirado y tan loable, le llevó siempre a tomar el partido de los Estados Unidos en detrimento de los intereses del México que le había honrado con su ciudadanía.

Triste y paradójica resulta la información de que una copia del mapa de la Nueva España, que para Humboldt habían elaborado los estudiantes del Colegio de Minería, quedara en el Departamento de Estado de Washington en 1804 y fuera la base para preparar los viajes de "observación" de Lewis y Clark en 1804 y de Pike en 1806. No estamos, sin embargo, de acuerdo con algunos comentarios del editor, como el de considerar estos primeros intentos de expansión, que bullían en la mente de Jefferson, como "planes imperialistas", aunque es cierto que éste soñaba en agrandar el "área de la libertad", siempre vio con temor el creci-

miento de los Estados Unidos, ya que para él, la libertad sólo podía ser salvaguardada en estados pequeños y, en todo caso, soñaba con la multiplicación de repúblicas.

Insiste Ortega en deshacer el mito del "exclusivismo imperial español y del celo de sus autoridades para evitar o controlar el traspaso fronterizo de sus dominios americanos" y con él, la fábula según la cual Alejandro de Humboldt fue casi el único viajero científico que haya logrado entrar en los dominios españoles. La lista que incluye Ortega y Medina de viajeros del siglo XVIII demuestra, en efecto, cómo el imperio español en esa centuria se había abierto a la renovación. Lo que hace singular el viaje de Humboldt es la importancia que tenía como testimonio de un ilustrado, precisamente ante la idea ilustrada adversa al Nuevo Mundo.

Considerado en su calidad de obra científica es obvio que, como afirma el editor, el *Ensayo* está anticuado; considerado como testimonio histórico, en cambio, sigue siendo una obra de importancia capital. Nunca se ponderará bastante el papel tan grande que desempeñó durante el siglo XIX, tanto entre los mexicanos, como entre los europeos; su edición cuidadosa representa, pues, una aportación de primer orden al estudio de nuestra historiografía.

JOSEFINA ZORAIDA DE KNAUTH

NOVELA VERSUS LENGUAJE POÉTICO

Julieta Campos, *Muerte por agua*, Colección Popular, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 142 pp.

Ante las experiencias literarias de la última década uno se pregunta si en realidad es un mito la muerte de la novela —muerte que en modo alguno implica que desaparezca la ficción. Tal vez sucede, como apuntó hace pocos meses Moravia, que la forma narrativa experimenta una metamorfosis tan grande como fue el tránsito de la epopeya a la novela en prosa del Renacimiento. Hoy, esta forma que tuvo su gran siglo en el XIX, cede el paso a otra que se muere la cola. Es decir, vuelve al origen, al subsuelo poético común. Y se dibuja un género de relato en donde lo importante ya no es la verosimilitud o el interés anecdótico sino las sensaciones, las atmósferas y sobre todo el lenguaje en que está dado un fragmento, un sector mínimo o extenso de nuestro mundo inabarcable, inexpresable por los medios que hicieron —en Tolstói, Balzac, Flaubert, Dostoievski, Dickens, Galdós— el prestigio de la novela como hasta hoy la entendimos.

Por facilidad periodística, y generalmente para denigrarlo, este movimiento suele situarse en Francia aunque sus orígenes directos se encuentren en la literatura inglesa y sus ramificaciones actuales surjan principalmente en Italia y Alemania. Nouveau roman o anti-

novela (para decirlo con un término cada vez menos citado de Jean-Paul Sartre), si algo caracteriza al movimiento es su fidelidad a la tradición de la vanguardia: cada uno de los autores inscritos en él sigue su propio camino y se esfuerza por renovarse en cada libro, por no copiar a los demás ni a los modelos del pasado. Así, este grupo cuyo único nexo verdadero es el publicar en las Editions de Minuit, ha liberado la novela del concepto de género para convertirla en una prosa extraordinariamente libre y abierta donde todo está permitido.

Muerte por agua, primera novela de Julieta Campos, ha sido encasillada como Nouveau roman —definición que poco aclara pues hay tantos tipos Nouveau roman como libros han publicado sus autores. Además, el problema de nuestras literaturas no son las influencias sino el saber qué se hace con esas influencias, la originalidad que a partir de ellas debe lograrse. Más que de influjos, en el caso de *Muerte por agua* habría que hablar de coincidencias intelectuales, de afinidades espirituales. Como Nathalie Sarraute, Alain Robbe-Grillet o Michel Butor, Julieta Campos ha partido de una reflexión crítica sobre los límites y posibilidades de

la literatura en la sociedad actual: la huella de ese itinerario son los ensayos que reúne *La imagen en el espejo*. Con Nathalie Sarraute se identifica en su interés por describir —por descubrir— lo que aquella designó "tropismos" (científicamente, la reacción que origina un movimiento en un organismo bajo el influjo de un agente externo y en literatura: los movimientos interiores indefinibles que constituyen la fuente de nuestra existencia, los dramas disimulados bajo las conversaciones triviales —dramas ocultos y a un tiempo revelados por las apariencias—, las fuerzas psíquicas desconocidas que colaboran a la inautenticidad de las relaciones humanas). Pero la similitud se detiene ahí, pues *Muerte por agua* tiene una estructura y una concepción estilística diferente a las novelas de Nathalie Sarraute. (Esa empresa de averiguar lo que se esconde tras los gestos habituales quizá se intente por vez primera en castellano, aunque implícitamente siga el viejo postulado realista de Flaubert: "observar a fondo hasta lo más insignificante y describir con minuciosidad hasta lo más íntimo"). Y todo paralelismo se desvanece ante el hecho de que la forma elegida era la única en que podía contarse esta historia sin trama, esta crónica de un mundo privado que se licúa ante un espejo cóncavo.

Ceremonia secreta en torno de un vacío, cumplida por tres personajes: Laura, Eloísa y Andrés, un día de octubre de 1959, *Muerte por agua* es el minucioso testimonio de un naufragio que estos seres ignoran, una novela de interiores deshechos y el contrapunto de la lluvia exterior que cae sobre el mar y la ciudad, genera y pudre, convierte la ciudad en archipiélago de casas, y la de Laura en isla dentro de una isla. La densidad agobiante de lo cotidiano está admirablemente expresada por el monótono fluir de las palabras que se encadenan, exactas, en frases de lim-

pieza rota, en ocasiones por demasiadas rimas en una sola línea. No hay acción externa sino gestos, descripciones, sensaciones, análisis del deterioro que el tiempo inscribe en los seres y las cosas. Tampoco anecdota: solo ciertos momentos detenidos, aislados del continuo fluir como puede hacerlo una fotografía. Insectos y ratones socavan el orden precario que establece el hombre en sus moradas. Laura, Eloísa y Andrés viven en el *fuimos*, en el *¿te acuerdas?*, en la muerte que ha dado el amor a lo que ama. La muerte se presente en el desorden, en los objetos que nunca estarán en su sitio, que acompañan y se interponen entre el mundo (el verdadero mundo) y tres estatuas de sal que se vuelven hacia un pasado que el olvido trabaja, embelleciéndolo, con el deseo de que no hubiese complicaciones, de no ver lo que sucede ahora, de que no fuera tan difícil vivir. Hasta que la lluvia cesa, la ciudad vuelve a ser espejismo en el calor, se cierra el círculo y los tres quedan congelados, reducidos a la inmovilidad de los retratos de familia, vida que se ha robado a la muerte, pero es o será, a cambio, imagen muerta de la vida.

Si Julieta Campos logró a plenitud lo que se propuso al escribir *Muerte por agua*, por ahora y ante el concepto, o prejuicio, aun vigente entre nosotros de lo narrativo, la novela como novela se pierde, se diluye igual que el mundo mismo que recrea, y alcanza su validez en otro nivel: nivel de poema en prosa donde la materia novelística es apenas otra referencia poética. No obstante, su aportación a la literatura hispanoamericana es tan valiosa como lo es para la europea el movimiento dentro del cual se ha querido inscribirla: *Muerte por agua* nos trae una nueva conciencia estética del lenguaje, un ahondamiento en la ilimitada exploración de la realidad.

JOSÉ EMILIO PACHECO

RECuento

Anuario de Biblioteconomía y Archivonomía, Facultad de Filosofía y Letras, Año IV, 1965, 260 pp.

Más completo que otros recuentos anuales publicados por departamentos universitarios especializados, este Anuario puede interesar profundamente a las personas que tienen a su cargo la creación, organización o funcionamiento de archivos y bibliotecas sean oficiales o particulares.

Entre los artículos más importantes hallamos uno sobre el Archivo Histórico de la Universidad, preparado por Guadalupe Pérez San Vicente, en que se describe el proceso de desarrollo de un organismo que tiene como fin "servir a la historia, antigua y futura de la Universidad...". También se describen los tipos de documentos que

integran el Archivo Histórico y la forma en que éstos se clasifican, catalogan, conservan y separan.

Un opúsculo de Arthur E. Gopp se refiere a "Las bibliografías", punto de partida y fundamento de toda investigación o estudio especializado importante, elemento integral de la comunicación de ideas y se incluye, asimismo, un trabajo de Alicia Perales de Mercado sobre "El Centro de Documentación y sus problemas". Éstos y los demás artículos del Anuario están ilustrados con gráficas, dibujos y reproducciones que muestran y ejemplifican las ideas de los autores.

ALBERTO DALLAL